

Mensaje del P. Marco Antonio Bran, SJ con motivo del inicio de su gestión al frente de la Universidad Iberoamericana León

Distinguidos miembros de PROCESBAC; honorables integrantes del Senado Universitario; Estimado Lic. Miguel Márquez Márquez, Gobernador Constitucional del estado de Guanajuato; apreciable Lic. Ricardo Sheffield Padilla, Presidente Municipal de León; Excelentísimo Sr. Arzobispo Don José Guadalupe Martín Rábago; querido P. Carlos Morfín Otero, Provincial de la Compañía de Jesús en México; muy apreciados invitados; querida comunidad universitaria:

Esta sesión pública del Senado de la Universidad Iberoamericana León que celebra los seis años de fructífero trabajo de la comunidad universitaria bajo el liderazgo del P. Gerardo Valenzuela, SJ y que a la vez significa mi nombramiento en el servicio de la rectoría, llega en un momento importante de la tan rica historia de la Compañía de Jesús en el Bajío. Ayer celebramos el 280 aniversario de la fundación del antiguo Colegio Jesuita en Guanajuato, primer establecimiento educativo en el estado. También recordamos que, por diferencia de un par de días, hace exactamente un mes nuestra Universidad cumplió 34 años de apertura –instituida sólo 246 años después de la fundación del Colegio y Hospicio de la Santísima Trinidad. Y me permito recordar un tercer aniversario: hoy hace 37 años, 10 años después de la clausura del Concilio Vaticano II, se reunían los delegados Jesuitas de toda la Compañía en la Congregación General (CG) 32 para considerar cómo estaba respondiendo la Orden a la profunda transformación de la vida de toda la Iglesia, iniciada por el Concilio.

Abundo un poco sobre este último aniversario en virtud de su pertinente a este momento. Después de mucha oración y deliberación, la Congregación fue cayendo en cuenta que toda la Compañía de Jesús, en sus muchos y variados ministerios, estaba siendo llevada por el Espíritu de Dios a formular en palabras contemporáneas una misión antigua: “dicho en pocas palabras, la misión de la Compañía es el servicio de la fe del cual la promoción de la justicia constituye una exigencia irrenunciable”¹.

No es este el espacio para disertar sobre las repercusiones de esta formulación icónica en todos los ministerios Jesuitas, incluyendo el de la educación. Sólo apuntaré que 37 años después esta formulación se ha convertido en elemento integrante de nuestra identidad Jesuita –individual e institucional–, de la conciencia de nuestra Misión, y de nuestra imagen pública tanto en la Iglesia como en la sociedad.²

I. Una “composición” de nuestro tiempo y lugar

Pero tan significativo como el momento histórico lo es también nuestra situación espacial. Ignacio de Loyola comienza muchas meditaciones de los Ejercicios Espirituales con una

¹ Congregación General 32, D. 4, n. 1.

² Cf. Peter-Häns Kolvenbach, SJ, “Sobre el apostolado social”, enero 2000, n. 3.

“composición de lugar”, un ejercicio de imaginación para situar la meditación o la contemplación en situaciones humanas concretas. Dado que este mundo es el lugar de la presencia y actividad de Dios, Ignacio piensa que podemos encontrar a Dios si nos acercamos al mundo con fe generosa y con un espíritu de discernimiento.

El Bajío, cuyo nombre viene de su posición geográfica, es conocido en todo el país no sólo por la industriosisidad³ de su gente sino por su tremendo desarrollo industrial. Ciertamente que cuando los primeros misioneros Jesuitas contemplaron la antigua capital minera que clamaba porque abrieran un colegio, una sola escuela, la primera escuela, nunca pudieron soñar con que esta región se convertiría en uno de los polos más importantes de desarrollo industrial de toda la nación.

Encontramos en el Bajío mexicano nos trae a la mente no sólo la convergencia de misión y desarrollo industrial, sino también el dinamismo e incluso la posición privilegiada que hoy caracteriza a esta región. Asentados dentro del triángulo industrial de las tres ciudades más grandes de la república, el Bajío es la región de mayor crecimiento y proyección del país. Vivimos en una zona que concentra mucho talento y una prosperidad sin precedentes. Se ha desarrollado un importante corredor industrial que hoy alberga corporativos nacionales, poderosas multinacionales y su industria auxiliar –que se suma a la industria tradicional: polos regionales de la nueva economía que se extiende por todo el globo y está transformando los cimientos mismos de los negocios, el trabajo y de las comunicaciones. Miles de inmigrantes han llegado de todas partes en la última década para colocarse fundamentalmente en las empresas de servicios, pero también trabajadores del sureste del país que realizan el trabajo físico; en conjunto, una diversidad notable de culturas y clases.

Al mismo tiempo el Bajío lucha, como el resto del país, con las nuevas divisiones sociales agravadas por la “frontera digital”, entre los que tienen acceso al mundo de la tecnología y los que se quedan fuera. Este abismo, causado por diferencias económicas, de clase y de origen étnico, tiene su raíz última en las diferencias crónicas de la calidad de la educación. Aquí en León, por ejemplo, florecen algunas de las instituciones de educación superior más destacadas en el mundo de la investigación nacional junto a escuelas donde estudiantes de origen rural e inmigrantes indígenas abandonan masivamente sus estudios. A escala nacional, sabemos que sólo 2 de cada 100 niños que ingresan a la Primaria concluyen una carrera universitaria.

El Bajío, nuestro país y el mundo entero son hoy muy distintos a lo que eran hace 37 años. Con el fin de la guerra fría las políticas nacionales e internacionales se eclipsaron ante un modelo económico que, a pesar de severas crisis económicas y las crecientes demostraciones de descontento a escala mundial, no halla aún un rival ideológico claro. Con el advenimiento de la 2ª Revolución Tecnológica el mundo comenzó a estar más

³ Industriosisidad: adj. Capacidad de continuar voluntariamente una acción dirigida a una meta, a pesar de los obstáculos, dificultades o desánimo.

interconectado que nunca. Al mismo tiempo se intensificó la migración de fábricas a países más pobres, no para distribuir riqueza y oportunidades, sino para explotar la ventaja relativa de bajos salarios y legislaciones medioambientales poco exigentes. En Europa naciones antiguamente rivales se constituyeron en una Unión que hoy atraviesa por graves riesgos de inviabilidad. En América Latina la democracia procedimental se instaló como sistema político pero hace ya un lustro diversos organismos internacionales advierten sobre los graves riesgos de un amplio desencanto de la población. Muchos países se hacen todavía más pobres, especialmente allí donde prevalece la corrupción y la explotación sobre la sociedad civil y donde continúan estallando conflictos violentos.

Esta composición de nuestro tiempo y lugar abarca a 7 mil millones de personas⁴ con sus rostros jóvenes o viejos, “unos naciendo y otros muriendo, unos blancos y muchos otros morenos, amarillos y negros⁵”: todos ellos, cada uno desde su singular individualidad, aspirando a vivir la vida, a usar sus talentos, a sostener a sus familias y cuidar de sus niños y ancianos, a disfrutar de paz y seguridad, y a construir un mañana mejor.

Gracias a la ciencia y a la tecnología, la humanidad es hoy capaz de solucionar problemas tales como la alimentación de los hambrientos, la vivienda de los sin techo o el desarrollo de condiciones más justas de vida, pero se resiste tercamente a hacerlo. ¿Cómo es posible que la economía mundial que ha producido más riqueza que nunca mantenga todavía a más de la mitad de la humanidad en la pobreza? Las últimas Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús han hecho su propio análisis y formulado su juicio: “las desigualdades y las injusticias no pueden ya ser percibidas como el resultado de una cierta fatalidad natural: se las reconoce más bien como obra del hombre y de su egoísmo... a pesar de las posibilidades abiertas por la técnica se hace más claro que el hombre no está dispuesto a pagar el precio de una sociedad más justa y más humana”⁶

Como afirmaba el P. Kolvenbach, SJ en la Universidad Jesuita de Santa Clara, California: “la injusticia hunde sus raíces en un problema que es espiritual.”⁷ Por eso su solución requiere de una doble conversión: conversión del corazón de cada persona y conversión cultural de toda la sociedad mundial, de tal manera que la humanidad, con todos los poderosos medios que tiene a su disposición, pueda ejercitar su voluntad de cambiar las estructuras de pecado que afligen a nuestro mundo. Como alguien afirmaba en una de las múltiples reuniones empresariales a las que asistí en las últimas semanas: no podemos hablar de desarrollo si el progreso no se acompaña de una mejor calidad de vida para

⁴ Centro de Noticias ONU, 31 de octubre de 2011,
<http://www.un.org/spanish/News/fullstorynews.asp?newsID=22135>

⁵ Ver “Contemplación de la Encarnación”: Ignacio de Loyola, Ejercicios Espirituales, nn. 101-109.

⁶ Congregación General 32, Decreto 4, nn. 27, 20.

⁷ Peter-Häns Kolvenbach, SJ, “El servicio de la Fe y la promoción de la Justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús en los Estados Unidos”, 6 de octubre de 2000, II.

todos.⁸ En este sentido, el Informe anual sobre el Desarrollo Humano de las Naciones Unidas es un reto permanente para considerar críticamente las condiciones básicas de vida en nuestra región, en nuestro país y en las 175 naciones restantes con quienes compartimos nuestro único planeta⁹.

Así es el mundo en toda su complejidad, con grandes problemas globales e innumerables y trágicas traiciones. Así es el mundo en el que la Ibero León está llamada a servir a la fe y a promover la justicia.

Dentro del contexto complejo de tiempo y espacio en el cual estamos y a la luz de los documentos de la Compañía sobre educación, quiero reflexionar con ustedes en torno a tres características de la propuesta educativa de la Iberoamericana León tal y como se presentan en tres dimensiones complementarias de la educación universitaria: 1. Qué llegan a ser nuestros estudiantes, 2. Qué hacen nuestros profesores, y 3. Cuál es el modo de proceder que estamos llamados a cristalizar. Al hablar de características me referiré tanto a retos permanentes como a metas fáciles de alcanzar. Unas y otras servirán para orientar nuestro quehacer cotidiano en los próximos años y, a la larga, para fortalecer nuestra identidad como Universidad Jesuita e Ignaciana.

II. Formación y aprendizaje

La ideología que prevalece hoy reduce el mundo humano a una jungla globalizada, cuya ley primordial es la supervivencia de los más preparados. Los estudiantes que comparten esta visión desean verse equipados a la última en lo profesional y en lo técnico para poder competir así en el mercado y asegurarse uno de los relativamente escasos puestos de trabajo disponibles que puedan satisfacer sus aspiraciones y resultarles lucrativos. Este es el éxito que esperan muchos estudiantes (¡y sus padres!)

Todas las Universidades están sometidas a una presión tremenda para optar decididamente por un éxito así entendido, y la nuestra no es la excepción. Ahora bien, lo que nuestros estudiantes desean y merecen incluye este “éxito mundano” que gira en torno a las habilidades propias del mercado, pero va más allá. En afortunada expresión del P. Kolvenbach, SJ: “El criterio real de evaluación de nuestras Universidades Jesuitas es lo que nuestros estudiantes lleguen a ser”¹⁰.

¿Pero, qué es este “más allá”? Por más de 450 años la educación Jesuita ha buscado educar “a toda la persona”, a la “persona completa”, tanto intelectual y profesionalmente como psicológica, moral y espiritualmente. Pero en nuestro mundo globalizado, con sus inmensas

⁸ “Nos encontramos hoy en una encrucijada: cómo armonizar el necesario desarrollo y la dimensión utilitaria del saber con la reflexión sobre los fines y el sentido.” Adolfo Nicolás, SJ, Lección inaugural del curso académico 2011-2012 en la Universidad de Deusto, 9 de septiembre de 2011, n.2.2.

⁹ Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Informe sobre el Desarrollo Humano, anual desde 1990.

¹⁰ Peter-Häns Kolvenbach, SJ, “El servicio de la Fe y la promoción de la Justicia...”, III. A.

posibilidades y sus profunda contradicciones, la “persona completa” se entiende de modo diferente a como se entendía en la Contrarreforma, en la revolución industrial o en el siglo XX. Y como lo señala la Compañía, “la ‘persona completa’ del mañana no podrá ser ‘completa’ sin una conciencia instruida de la sociedad y de la cultura con la que contribuir generosamente en el mundo tal cual es. La ‘persona completa’ debe tener, por resumirlo, una solidaridad bien informada”¹¹.

Por esta razón debemos continuar insistiendo tanto en la calidad académica como en nuestro nivel educativo Jesuita hasta “educar a la persona completa en la solidaridad para con el mundo real”. Y la solidaridad, como lo enseña nuestro modelo pedagógico, se aprende a través del “contacto” más que de “nociones”, como nos lo ha recordado el santo Padre en un discurso a la Universidad italiana¹². Cuando la experiencia directa toca al corazón, la mente se puede sentir desafiada a cambiar. La implicación personal en el sufrimiento inocente, en la injusticia que otros sufren, es el catalizador para la solidaridad que abre el camino a la búsqueda intelectual y a la reflexión ética.

“A lo largo de su formación, los estudiantes tendrían que dejar entrar en sus vidas ‘la realidad perturbadora de este mundo’ –afirmaba el P. Kolbenvach, SJ-, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar en favor de los derechos de los demás, especialmente de los grupos humanos en situación vulnerable”¹³. No sólo en la pastoral universitaria, sino en la gestión misma de las áreas curriculares de los programas de estudio de licenciatura y posgrado tenemos mucho camino por delante para fomentar tal compasión inteligente, responsable y activa, que es la única compasión que merece el nombre de solidaridad.

Nuestra Universidad puede gloriarse de contar con una espléndida variedad de actividades complementarias en las que el estudiante presta un servicio, de contactos con la realidad más allá del *campus*, de experiencias de servicio social en inserción y de un programa de formación de líderes Ignacianos altamente prestigiado en América Latina. De acuerdo con nuestro modelo educativo, todo esto no debería ser algo opcional o periférico sino quedar incluido en el núcleo mismo del programa de estudios. Concretar esta directriz es lo que ha procurado la última revisión curricular, que ha fructificado en los así llamados Planes de Estudio SUJ 2012. Tenemos por delante la implementación de dichos planes de estudio y estamos llamados a consolidar el Área de Síntesis y Evaluación, a fortalecer el Área de Reflexión Universitaria, a organizar y evaluar las Experiencias de Formación Integral (EFI), y a transformar las prácticas profesionales a nuestro estilo –tal y como lo hemos hecho ya con el servicio social.

¹¹ *Idem.*

¹² Juan Pablo II, Mensaje a la Universidad Católica del Sagrado Corazón, Milán, 5 de mayo de 2000, n. 9.

¹³ Peter-Häns Kolvenbach, SJ, “El servicio de la Fe y la promoción de la Justicia...”, III. A.

Nuestros estudiantes se implican en todo tipo de acción social y de todo ello nos sentimos orgullosos. Pero debo reiterar que el auténtico criterio para evaluar a nuestra Universidad en su identidad misma de Universidad de la Compañía no es lo que nuestros estudiantes hagan, sino lo que acaben siendo y la responsabilidad cristiana adulta con la cual trabajen el futuro en favor de sus prójimos y de su mundo. Las actividades en las cuales se comprometen en el presente, por muy buenos que sean sus efectos, serán siempre actividades para su formación. Esto no convierte a nuestra Universidad en un campo de entrenamiento para activistas sociales. Más bien apunta que lo que nuestros estudiantes necesitan es el compromiso cercano de sus profesores con su proceso de formación invitándolos de manera paulatina a reflexionar sobre la vida para, gradualmente, hacerse cargo de esa misma vida al estilo Ignaciano.

III. Investigación y docencia

Si el criterio de evaluación y el proyecto de nuestra Universidad radica en lo que lleguen a ser nuestros estudiantes, es claro que los profesores están en el corazón de la Ibero León. Su misión es buscar incansablemente la verdad y hacer de cada estudiante una persona completa y solidaria para tomar sobre sí la responsabilidad del mundo real ¿Qué es lo que los profesores necesitan para realizar esta vocación esencial?

De acuerdo con la Compañía, la investigación realizada por nuestros académicos, que “debe ser rigurosa en su racionalidad, firmemente enraizada en la fe y abierta al diálogo con todos las personas de buena voluntad”¹⁴, no sólo ha de atenerse a los cánones de cada disciplina, sino adentrarse en lo más profundo de la realidad humana –según invitación del P. Adolfo Nicolás, SJ¹⁵-, para ayudar a hacer del mundo un lugar más habitable para los 7.000 millones que vivimos en él. Quiero dejar claro que todo conocimiento que se construye y que se adquiere en la Universidad es bueno en sí mismo, pero además es un conocimiento que debe preguntarse “en favor de quién y en favor de qué” está¹⁶.

Normalmente solemos hablar de los profesores en plural, pero lo que está en juego es más que la suma de los compromisos y esfuerzos personales de muchos individuos: es un diálogo interdisciplinar sostenido de investigación y reflexión, un continuo poner en común los conocimientos de todos. Su intención es asimilar las experiencias y las intuiciones de las diferentes disciplinas en “una visión del conocimiento que, muy consciente de sus limitaciones, no se satisfaga con los fragmentos, sino que intente integrarlos dentro de una síntesis sabia y verdadera”¹⁷ de la realidad.

¹⁴ Juan Pablo II, “Mensaje a la Universidad Católica del...”, *Ibid.* n. 7.

¹⁵ Adolfo Nicolás, SJ., “Profundidad, Universalidad y ministerio académico: desafíos a la educación superior jesuita de hoy”, 23 de abril de 2010, n.1.

¹⁶ CG 34, D. 17, n.6.

¹⁷ Juan Pablo II, “Mensaje a la Universidad Católica del...” *Ibid.* n. 5

En algunas disciplinas, como las ciencias del hombre, las ciencias sociales, el derecho, la economía o las ciencias de la salud, las conexiones con “nuestro tiempo y lugar” pueden parecer más evidentes. Los profesores pueden aplicar con relativa facilidad la reflexión sobre temas de la justicia cuando enseñan e investigan sobre su campo de especialización. Pero cada campo o rama del saber tiene valores que defender, tiene repercusiones éticas. Cada disciplina, más allá de su necesaria especialización, tiene que comprometerse de forma adecuada con la sociedad, con la vida humana, con el ambiente, teniendo siempre como preocupación ética de fondo cómo deberían ser los seres humanos para poder vivir juntos.

A pesar del cliché de torre de marfil que nos persigue a los académicos, todos los profesores estamos en contacto con el mundo. Y ningún punto de vista es neutro o prescinde de un marco axiológico. En nuestro caso de Universidad Jesuita, el punto de vista, por preferencia y por opción derivadas del Evangelio, es el de los pobres. Por eso el compromiso de nuestros profesores con la justicia que nace del Evangelio conlleva un desplazamiento significativo del propio punto de vista y de los valores personalmente asumidos. Al adoptar la perspectiva de las víctimas de la injusticia, nuestros académicos buscan la verdad (de acuerdo al lema que nos caracteriza) y comparten esa búsqueda y sus resultados con sus estudiantes. Una pregunta que el P. Kolbenvach, SJ dirige a cada profesor, aunque no sea académica, resulta legítima en este contexto: “cuando investigo y enseño, ¿dónde y con quién está mi corazón?”¹⁸. En nuestra Universidad, como en cualquier Universidad Jesuita alrededor del globo, esperar que nuestros profesores hagan una opción tan explícita y hablen sobre ella no es nada fácil y tiene sus riesgos. Pero estoy firmemente convencido que esto es lo que los educadores Jesuitas hemos proclamado públicamente por más de cuatro siglos, tanto en la Iglesia como en la sociedad: es el compromiso que nos identifica.

Del mismo modo que los estudiantes tienen necesidad de experiencias concretas y bien acompañadas y reflexionadas con grupos humanos en situación vulnerable, los profesores necesitan compartir con aquellos que, en la Iglesia y en la sociedad, buscan activamente la justicia y el desarrollo con calidad de vida para todos (de manera particular con el sector del apostolado social Jesuita en temas como pobreza y exclusión, derecho a la vivienda y ordenamiento territorial, ecología, sustentabilidad y deuda del 3er mundo, innovación tecnológica y con el Servicio Jesuita a Migrantes). Como sabemos, tales lazos no convierten a nuestra Universidad en sucursal de los ministerios sociales o en instancias de cambio social, como cierta retórica del pasado llevó a algunos a temer. Son, más bien, como una garantía verificable de la opción del cuerpo de profesores y una ayuda real para, como se dice coloquialmente, “¡estar siempre a la vanguardia!”¹⁹

¹⁸ Peter-Häns Kolvenbach, SJ, “El servicio de la fe y la promoción de la justicia...”, n.3, b.

¹⁹ Benedicto XVI, Discurso a los Jesuitas delegados en la CG 35, 21 de febrero de 2008.

IV. Nuestro modo de proceder

Si el auténtico criterio de evaluación de nuestra Universidad consiste en aquello que nuestros estudiantes lleguen a ser, y si el cuerpo de profesores es el corazón de todo ello, ¿qué nos queda por decir? Quizá sea este tercer punto sobre el carácter de nuestra Universidad (cómo funciona internamente y qué impacto tiene en la sociedad) sea el más difícil de abordar.

Nos hemos detenido ya en la importancia de la formación y del aprendizaje, de la investigación y de la docencia. La acción social que emprenden nuestros estudiantes y el trabajo relevante desde el punto de vista social que los profesores realizan, son de una importancia vital y necesarios, pero de acuerdo con la Compañía de Jesús, no dan cuenta cabal de nuestro carácter como Universidad Jesuita, ni agotan nuestro compromiso con la fe que obra la justicia, ni agotan nuestras responsabilidades para con la sociedad.

¿Qué es pues lo que constituye este carácter ideal? ¿Y qué es lo que contribuye a su percepción pública? El P. General indica que, tratándose de una Universidad Jesuita, este carácter tiene que ser la misión definida por la CG 32 y reafirmada por las siguientes CG: el servicio de la fe y la promoción de la justicia como nuestro modo característico de proceder y de servir a la sociedad.

En palabras de la CG 34, una Universidad Jesuita tiene que ser fiel al mismo tiempo al sustantivo “Universidad” y al adjetivo “Jesuita”. Por ser Universidad se nos pide dedicación a “la investigación, a la docencia y a los diversos servicios derivados de nuestra misión cultural”. El adjetivo “Jesuita” nos requiere armonía con las exigencias del servicio de la fe y la promoción de la justicia establecidas por la CG 32 en su decreto 4^o²⁰.

El primer modo en el que históricamente la Universidad Iberoamericana León, como todas las Universidades Jesuitas del mundo, empezó a llevar a cabo su compromiso con la fe y la justicia fue a través de sus políticas de admisión, de su acción de apoyo a las minorías y de sus becas para estudiantes en desventaja²¹. Todos estos siguen siendo instrumentos eficaces. En expresión del P. General “una expresión todavía más elocuente de la naturaleza de la Universidad de la Compañía radica en las políticas de contratación y nombramiento. Como Universidad es necesario que respete las normas establecidas en lo académico, en lo profesional y en lo laboral; pero, como Jesuita, le es esencial ir más allá de ellas y encontrar los modos de atraer, contratar y promover a aquellos que comparten activamente la Misión”.

²⁰ CG 34, D. 17, nn. 6-7.

²¹ “(Las Universidades) sirven como cauces singulares para el progreso social de las clases pobres” CG 34, D. 17, n.2).

Pienso que la Ibero León ha hecho esfuerzos considerables y laudables para profundizar e ir más allá en lo jesuítico. Como lo refleja el Informe de actividades que acabamos de escuchar, la Universidad ha tratado de incidir con su espiritualidad Ignaciana, su capacidad de reflexionar y sus recursos. Los buenos resultados son evidentes y, sin embargo, como ya lo señalaba al inicio de mi intervención, constituye un reto permanente.

Parafraseando al P. Ignacio Ellacuría, SJ, pertenece a la naturaleza de toda Universidad ser una fuerza social, y es nuestra particular vocación como Universidad de la Compañía asumir conscientemente esta responsabilidad para convertirnos en una fuerza en favor de la fe que obra la justicia. Todo centro Jesuita de educación superior está llamado a vivir dentro de una realidad social (la que vimos en la “composición” de nuestro tiempo y lugar) y a vivir para tal realidad social, a iluminarla con la inteligencia universitaria, a emplear todo el peso de la realidad universitaria para transformarla²². Así pues, la Ibero León tiene sus propias razones para dirigirse al mundo actual y para ayudar a rehacerlo a la luz del Evangelio.

V. Para concluir, un esbozo de agenda

Hoy damos gracias por la conciencia que tenemos, como Universidad Jesuita, del mundo en su totalidad y en su profundidad: creado y sin embargo expoliado, pecador y sin embargo redimido. Asumimos nuestra responsabilidad de Universidad de la Compañía para con un mundo tan escandalosamente injusto, tan complejo de entender y tan resistente al cambio. Con la ayuda de otros queremos desempeñar nuestro papel en la sociedad como estudiantes, como docentes e investigadores, como comunidad universitaria Jesuita e Ignaciana.

En cuanto Institución Jesuita de Educación Superior hacemos nuestras las nuevas maneras de aprender y de ser formados en la búsqueda de una solidaridad adulta, los nuevos métodos de investigación y de enseñanza dentro de una comunidad académica de diálogo, y una nueva manera universitaria de actuar la fe que obra la justicia en la sociedad.

Al renovar la asunción de nuestras características de Universidad de la Compañía en esta segunda década del siglo XXI, lo hacemos con seriedad y esperanza. Porque como afirma el P. General en su discurso sobre el estado de la Compañía: “esta misma misión ha producido mártires que muestran cómo ‘una institución de educación superior y de investigación puede convertirse en un instrumento de la justicia que brota del Evangelio’”²³ Por supuesto, construir nuestra propia versión de la Misión de la Compañía de Jesús no es algo que podamos hacer de una sola vez y de manera definitiva. Es más bien un ideal a mantener, asumiéndolo y trabajándolo, un conjunto de características a mantener presentes

²² “La Universidad es una realidad social y una fuerza social, marcada históricamente por lo que es la sociedad en la que vive y destinada a iluminar y transformar, como fuerza social que es, esa realidad en la que vive y para la que debe vivir” Ignacio Ellacuría, SJ, l.c.

²³ Adolfo Nicolás, SJ, Discurso “de statu Societatis” a la Congregación de Procuradores (20 de junio de 2012), Acta Romana XXIX, 452.

de manera continua para profundizarlas, recrearlas y llevarlas a la práctica. Animo a todos a asumirlas con una comprensión reflexiva y con un profundo convencimiento, con una fe ardiente y con mucha esperanza en estos años por venir, para la mayor gloria de Dios.

LA VERDAD NOS HARÁ LIBRES

Muchísimas gracias.

2 de octubre del 2012.